

SEMANARIO POPULAR.

Este periódico se publica el sábado de cada semana.—La suscripción al trimestre, que se pagará adelantada, vale diez reales; el número suelto un real.—La agencia principal se halla en la tienda del señor Cibo Mosquera, bajo el palacio arzobispal, número 56.

TRIM. III.

Quito, sábado 22 de junio de 1889.

NUM. 35.

SEMANARIO POPULAR.

QUITO, 22 DE JUNIO DE 1889.

Los redactores del "Semanario Popular" cumplen con el grato deber de saludar muy atenta y respetuosamente al Excmo. y Rmo. Señor Delegado Apostólico, y le presentan sus más sinceros votos por el perfecto bienestar de S. E. Rma. en esta República, deseándole las mayores facilidades para el desempeño satisfactorio de sus elevadas funciones.

EL PARTIDO CONSERVADOR PROGRESISTA

El redactor del "Diario Oficial," reproduciendo las palabras de "El Combate" de Ambato, presenta como modelos ó ejemplo de *conservadores progresistas* á los Sres. General Salazar y Dr. D. Antonio Flores, que en la Convención de 1883 *se iban con los liberales*; pues el primero daba señales de un cambio de principios, y *muchas de sus ideas son esencialmente liberales*: por manera que las *ideas progresistas* de estos sujetos no provenían de las doctrinas conservadoras, sino del liberalismo al cual *se inclinaban*, ó están inclinados.

Este es un error; pues el liberalismo, tomada esta palabra en el sentido moderno, en vez de fomentar el progreso, arrastra las sociedades á la disolución y á la ruina. El verdadero progreso está en el bien y la verdad, y el cristianismo ó la Iglesia católica que posee uno y otra, encierran el principio de todo progreso científico, artístico y social. La Iglesia, en efecto, legislando, como observa un escritor católico, ha dado la norma de

legislar; gobernando, con formas que no son las de los poderes temporales, y sin embargo las abarcan todas, ha dado la norma del gobernar; condenando la esclavitud, ha enaltecido; santificando el matrimonio, ha regularizado la familia; declarando obligación de conciencia la sumisión al poder, ha ordenado y ha fundado las bases de la estabilidad de los gobiernos.

¿Por qué se establece, pues, una especie de antagonismo entre conservadores *progresistas* y conservadores *retrogrados, tradicionalistas ó estacionarios*? El *retrogrado* no es el católico, sino el que trabaja por restablecer en la tierra el imperio del paganismo, el que no reconoce otra potestad que la del pueblo, el que rechaza el reinado de Jesucristo en las sociedades y, por consiguiente, quiere someter la Iglesia al Estado, subordinar la autoridad de esta divina institución á las leyes civiles, el que profesa las máximas y doctrinas proclamadas en la revolución de 1789, en una palabra, el liberal. Con razón el autor del *Catecismo Filosófico*, que se publicaba el año próximo pasado, dijo, en "La República del Sagrado Corazón," Lcción 19ª: "No sé qué podrán oponer... los que se atreven á decir de ella (la Iglesia) que es *retrograda*.—Ellos son los *retrogrados*, no la Iglesia; ellos son los verdaderos fósiles antidiluvianos que quisieran ver resucitados todos los errores y vicios que provocaron la indignación de Dios y anegaron á los hombres primitivos en aquel espantoso cataclismo. No hay error de esos que con tanta jactancia propalan los enemigos de la Iglesia que no sea viejísimo; ni hay vicio de esos que con tanto escándalo aplauden los perversos de nuestros días que no sea verdaderamente "antidiluviano."

Por otra parte, no se sabe cual sea la fórmula del progreso que se trata de desenvolver en el Ecuador. Los liberales de Guayaquil alaban y ensalzan el *programa progresista* de la nueva administración: nosotros lo apoyamos, dicen, y la Nación lo aprueba, porque quiere salir de la tumba en que se la ha sepultado, quiere librarse de los clericales, de los terroristas, de los fanáticos que la oprimen y se alimentan con su sangre. Los *unionistas* ó los del difunto tercer partido medio, decían el progreso está en huír de los extremos y pasar el mar rojo, como el pueblo de Israel, por la mitad de las aguas divididas en dos montañas, una á la derecha, otra á la izquierda. Según "El Telegrama", consiste en que la política del actual Gobierno es *sin bandera definida*, en lo que éste cifra su orgullo. Si no hay *bandera definida*, claro se está que no hay *programa definido*; y si no hay programa definido, ¿quién adivinará el camino por donde se nos conduce al progreso, ni los medios que se emplean, ni en qué consista este decantado progreso?

"La Nación" de Guayaquil, diario de industria, en un artículo intitulado *Los progresistas*, cree y sostiene que la obra de nuestros progresistas debe ser *antitética* á la de la actual Colombia: es preciso operar una gran transformación, dice, pero en sentido opuesto: . . . el clericalismo vuelve hoy al capitolio en Bogotá; en Quito acaba de salir de palacio y lanza desde la Curia su celeberrimo *Semanario*. . . No es, pues, hacia Colombia adonde debemos dirigir nuestra mirada: el modelo es Chile."—Ahora bien, en Colombia se ha operado una saludable regeneración, colocando la Nación y los poderes políticos bajo la benéfica influencia del principio católico; y en Chile al contrario, dominado actualmente por las logias tenebrosas, se ha levantado el pendón del liberalismo impío: luego, el *progreso* consiste en destruir las instituciones católicas del Ecuador, y entregar la República á las garras de los demoleedores, de los hijos de la revolución de 1789, del socialista, del comunista, del proletario sin Dios ni patria.

A la vista están los frutos que ha producido el liberalismo demoleedor en Europa y América, y la especie de *progreso*

que busca en las instituciones sociales, en la Religión, en las costumbres: es el *progreso del mal*. Y por lo que mira á la revolución de Francia de 1789, el autor de "Le Nouvelle France," nada sospechoso en la materia, confiesa que más produjo males que bienes esta decantada revolución. "La plaza pública inundada de noble sangre, dice, simulacros vergonzosos de juicios que enviaban á la muerte las más puras é inocentes víctimas; una Asamblea esclava del populacho que, deliberando bajo el puñal, entregaba á viles asesinos todo lo que en su propio seno sobresalía, y preparando la Francia al *yugo del despotismo*, arrebatando á todos sus hijos que no sabían inclinar la frente. . . La revolución se extravió más y más en sangrientos callejones, y bajo formas variadas y nombres diversos, no creo sino una serie de dictadores hasta caer aniquilada á los pies de un señor."

¿Y qué bienes hizo á Colombia el radicalismo expoliador? ¿Hubo libertad en las elecciones populares? ¿No se decía, como un axioma político: *el que escruta elige?* ¿No era una farsa esa pretendida libertad, fraternidad, igualdad, que en voz alta predicaban en las calles y las plazas?—Un liberal, el Dr. D. Francisco Eustaquio Alvarez, denunció á la Asamblea de Cundinamarca las pillerías, fraudes y violencias que los liberales cometieron en los sufragios populares. De esta enfermedad, dijo, se ha contagiado toda la República, hasta el estado que la federación no es ya una *anarquía organizada*, como la han llamado los conservadores, sino el *feudalismo de los pícaros*; la corrupción del partido liberal, añadió, ha llegado á tal extremo que, si por medio de un milagro se viera él dotado, por algún sér sobrenatural, de un poder omnímodo para organizar un Gobierno, declinaría tan tremenda responsabilidad, manifestando con absoluta franqueza que se creía incapaz de hacerlo; que los liberales honrados podían contarse en la mano y sobaban dedos.

El Señor Don Carlos Holguín, elocuente orador, manifestó en la misma Asamblea que ninguna cosa buena debía la Nación al liberalismo en materia de instituciones. "La revolución de 1861, dijo, no nos trajo nada que no tuviésemos en materia de instituciones li-

bres; la Constitución de 1863 no consagra ninguna garantía, ninguna libertad, ningún derecho que no se encuentre igualmente garantizado y reconocido en la que nosotros sancionamos en 1858. . . . ¿Cuáles han sido entonces las célebres conquistas de aquella guerra? Una sola, señor: la desamortización. La desamortización, que es el mayor triunfo que ha alcanzado Bentham en nuestra patria infeliz. . . . ¿Y qué fué en el fondo tal desamortización? Un gran crimen, un gran robo ejecutado por un Gobierno que llamó á los cómplices de otros delitos á que viniesen á participar del fruto del trabajo común."

Sin embargo, los liberales de Guayaquil tienen la audacia de sostener que el Ecuador debe tomar por modelo, no á la actual Colombia regenerada á la sombra de la verdadera libertad, sino á la que fué víctima de la rapacidad y crímenes del liberalismo impío. ¿Este es el progreso que se proclama? ¿Esto quiere también el redactor del "Diario Oficial," una vez que ha reproducido una parte del artículo de "La Nación" intitulado *Progreso?* Y si no es ni puede ser éste, como debemos creerlo, el fin que se propone el Gobierno ó el tercer partido, ¿por qué se ha convertido el "Diario Oficial" en eco de las más absurdas doctrinas de "La Nación" y "El Globo"?

No será fuera de propósito que pasemos un momento de la *teoría* á la *práctica*, ó de lo *abstracto* á lo *concreto*, y veamos si el *progreso*, precioso lema del tercer partido, es para adelante ó para atrás.

Nadie ignora que el Ecuador es un país esencialmente agrícola y que, como tal, puede competir con cualquiera otro del antiguo ó nuevo mundo. Sus variados climas, su posición topográfica, la naturaleza de sus terrenos, favorecen tanto á la industria agrícola, que pueden obtenerse frutos de todas las zonas de la tierra, desde las ardientes costas que están al nivel del mar, hasta las mayores alturas donde termina la vegetación.

Con el objeto, pues, de promover y dar vigoroso impulso á la riqueza nacional, se estableció en la Escuela Politécnica, ó Instituto de Ciencias, la enseñanza de agricultura. Y á fin de que ésta no fuese puramente teórica, ó inútil, asignó el último Congreso una can-

tidad de pesos para que se comprase un fundo y se estableciese una hacienda modelo, en donde deban darse enseñanzas prácticas de agricultura.

Ahora bien, estamos instruidos de que el Sr. Director del Instituto Nacional pidió al Gobierno que, en cumplimiento de aquella disposición legislativa, se comprase el fundo, cuyo valor no pasa de 50,000\$ y cuyo precio puede darse por plazos cómodos; y en caso de que esto no pudiera efectuarse, á lo menos se lo tome en arrendamiento por una pensión moderada, en la inteligencia de que con los mismos productos del fundo se harían todos los gastos necesarios para el apero, etc. Mas el Gobierno, sin embargo de reconocer y confesar la importancia de esta obra, y que no debería omitirse ningún esfuerzo para llevarla á cabo; se ha negado á comprar ó tomar en arriendo el sobredicho fundo, apoyándose en que no deben quedar desatendidos intereses de mayor importancia, y en que el tesoro nacional se halla en suma pobreza. Esta negativa mata, hasta las esperanzas de que haya en el Ecuador verdadera agricultura y se abra la más rica fuente de la riqueza pública. Además, el Instituto de Ciencias casi no tendría objeto y se cerraría para siempre.

Cierto es que el tesoro nacional *está pobre*; pero deben hacerse economías, en vez de algunos gastos innecesarios ó de menos importancia, como se están haciendo. Caminos y agricultura son puertas del progreso; no hay, pues, objetos de mayor importancia, ni otro modo de *progresar*.

NECIOS.

Entre los agasajos que, como honorífica retribución de nuestro trabajo, hemos recibido de los periódicos liberales, se cuenta el muy notable que nos hizo "La Nación" de Guayaquil en estos celebérrimos términos: "No siendo, como *no es exacto que nadie ataque á la Religión*, los que lo dicen son necios;" y aunque de tan revésado pensamiento dedujimos en nuestro núm. 29 que eran necios los redactores de aquel diario y cuantos con él decían lo *no exacto*, esto es, que *nadie atacaba á la Religión*, justo es que nos atengamos no á la letra—por lo regular en-

marañada é ininteligible—del periódico guayacense, sino á *su intención ó espíritu*, como lo quiere el Código civil: y como nosotros hemos dicho y tenemos el mal gusto de repetir que los señores liberales atacan á la Religión por activa y por pasiva; ya en los principios fundamentales de la Constitución de la Iglesia católica, ya en sus doctrinas morales referentes al orden político y social, ya en las prerrogativas y derechos del clero, de los preladados eclesiásticos y hasta del Padre Santo—cuya augusta majestad fué insolentemente maltratada por el “Diario de Avisos” en el artículo que confutamos en el núm. 26 de este “Semanario,”—resulta que los *neccios* somos nosotros, por sentencia definitiva y magistral de “La Nación,” fundada en el propio concepto de su excelente redactor y en el de los demás periódicos liberales que entonan villancicos ante la humilde cuna del Dios Niño, y se quitan el sombrero ante el *Filósofo de Galilea*, y doblan reverentes la rodilla ante el sublime *Mártir del Gólgota*.—*Salve rex judeorum*.

Pues, somos unos necios de capirote; porque nadie ataca á la Religión: hasta el “Diario Oficial” ha reproducido esta declaración formal. Pero, ¿qué dicen las cartas pastorales de los Prelados ecuatorianos? qué las reprobaciones y censuras...? Pues qué han de decir sino que los Ilmos. Obispos son otros *neccios*, y que quienes tienen razón son los periodistas liberales, encargados por Jesucristo—para esta época de gracia—de regir y gobernar la Santa Iglesia, definir la doctrina, declarar la moral, juzgar y condenar á los Obispos, desatar lo que éstos atan y atar lo que ellos desatan, reformar la constitución eclesiástica y nivelar la Sociedad Católica á las que se forman para traficar en longanizas y salchichones!

No hay que darle vueltas; somos unos necios: todos los periódicos liberales son obras dignísimas de los apologistas, Doctores y Santos Padres que los redactan; y, vamos, hasta “El Constitucional,” sí señor, hasta “El Constitucional” es Santo Padre, Papa y Concilio destinado “á extirpar los vicios introducidos en la casa del Señor,” y Salviano “contra la depravación de los Obispos,” y Savonarola, y San Ireneo, y San Antonio de Padua para “arrancar la mala yerba que brota en el santuario,” “salirle al encuentro á esa vil pareja—la hipocresía y el sacrilegio—” y desempeñar, en suma, “misión de apóstoles.” Todos tocan la misma música cada cual con su bombo: todos son caritativos, pacíficos, pacientes, benignos, buenos, mansos, magnánimos, creyentes, modestos, continentales, castos, anegados en gozo espiritual; y en la sabiduría eximios, en el entendimiento profundísimos, prudentísimos en el consejo, incommovibles en la fortaleza, consumados en la ciencia, en la piedad ar-

dentísimos, en el temor de Dios perfectos; cada uno encarnación del Espíritu Santo con la plenitud de sus dones y la inagotable abundancia de sus frutos. ¿Cómo, pues, no han de tener misión de apóstoles?....

Oíd si no cómo “El Constitucional” rompe el silencio asordador que los periódicos liberales guardan (va ya para un año) con algarabía y batahola y estrépito y barahunda que nunca se oyeron, y dando la cara por “La Nación,” “El Globo,” el “Diario de Avisos,” “La Libertad” y “La Razón,” en el altisonante estilo de la secta, “Igualdad, fraternidad, libertad, exclama, esas tres divinidades que le infunden vida al espíritu y conducen el carro triunfal de la democracia, por sobre los escombros de la tiranía (¡valientes malas!), sabed que se vigorizaron al soplo celestial del cristianismo.” He ahí la buena nueva de los nuevos evangelistas, San Ireneo y San Antonio de Padua con chupa de Juan Montalvo, chupa que á la legua está diciendo por las bocamangas que cuelgan un palmo: *El difunto fué más grande*. Pues, señor, nosotros ¡necios de nosotros! habíamos creído que lo que infunde vida al espíritu es el santo bautismo administrado en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; pero no, los nuevos apóstoles tienen razón y media: Libertad, Igualdad, Fraternidad, tres divinidades que compenetrándose forman una sola *Diosa Razón*, hé ahí los infusorios (perdón, señores cirujanos!) que introducen la vida en el espíritu desde el año 1789, y que al ¡jarre! de cualquier demagogo audaz conducen el carro triunfal de la democracia por sobre los escombros de la tiranía; esto es, de la autoridad. Tal es la fe liberal; pues tocante á la libertad, á la igualdad y á la fraternidad que el cristianismo *trajo* al mundo, de capa caída se van, mandadas recoger por la moderna civilización que no se paga de antiguallas, por más que M. de Péne se desgañite gritando: “Hablaís de república; escribís en vuestras paredes: *Libertad, igualdad, fraternidad*. Sabed, pues, trabajar, vivir y orar. El hombre no es libre sino por el trabajo, igual á su semejante sino por el derecho común á la inmortalidad, y hermano del hombre sino por el deber de la eración en común, que engendra la caridad recíproca y el parentesco de las almas.” Antiguallas! no sino id y predicadlas el 14 de julio al pie de la torre Eiffel, y oiréis la carcajada universal de la *democracia* que no verá en ellas, por cierto, las conductoras de su carro triunfal, aunque ne dejará de pregónar que *las enseñanzas evangélicas son su bandera*. Libertad, igualdad, fraternidad, sí; pero las vigorizadas por el impuro soplo de la revolución francesa: las mismas palabras con sentidos opuestos: las divinidades proclamadas en el paraíso por los primeros aullidos del liberalismo.—*Libertad*.

dad, de todo yugo religioso y moral; *Igualdad*, con Dios mismo; *Fraternidad*, con la serpiente.

Mas los nuevos evangelistas manifiestan á las claras que sus divinidades son las vigorizadas por el soplo del cristianismo. Qué necios somos! cierto; y por lo tanto agregan: "El Cristo es indispensable para tener república"; y para tener monarquía también, y cualquiera forma de gobierno, amigos, si los gobiernos han de corresponder á la dignidad del hombre y á la sublime alteza de su destino. Pero si el Cristo es indispensable para tener república, para tener Cristo—agregamos nosotros—es indispensable Iglesia, y para tener Iglesia son indispensables Papa, obispos y clero, y que este clero, esos obispos y aquel Papa sean honrados, respetados y obedecidos, no estropajos de la demagogia, ni objetos de escarnio para los periodistas, ni blanco de miserables anecdotillas encaminadas á arrebatár al sacerdocio la estima y veneración de los pueblos católicos. Esto no se aviene con el espíritu del liberalismo que, según dice, guarda "la idea de Dios, y la fe en la Providencia, y la esperanza de que triunfará el Evangelio" que los católicos hemos tenido la tontería de creer que ha triunfado y regenerado el mundo; no se aviene, decimos, con aquel espíritu que quiere las susodichas idea, fe y esperanza, pero sin Papas, obispos, clérigos, frailes ni devotos, cáfila de *hipócritas* y *sacrilegos* que no hacen falta; porque sin necesidad de ellos "amor á la patria, amor al hermano, amor al enemigo, abnegación heroica, sacrificio desinteresado, civismo, lealtad, justicia tolerancia, virtudes cristianas son" (Don Juan, finado Don Juan!) y sobre ellas anhelan nuestros apóstoles "levantar un eterno pedestal de gloria para el Ecuador," cuyo oprobio es obra de la clerecía, y de la beatería, y de la mogigatería.

Y tienen otra vez razón los apóstoles, vive Dios, y nosotros somos necios otra vez; porque no creemos en la *piEDAD* de esos enviados que, abrasados en el sacro amor al hermano y al enemigo, y heroicamente abnegados, desinteresados, justos, tolerantes, santísimos, nos preguntan á lo don Juan, siempre á lo don Juan: "Por ventura hemos de arrancarle el corazón á la República, para ir á la parte con vosotros, devorándolo en festín sacrilego?"—Sí, señores, y con lechugas; y si viene después un vaso del de Jerez, para qué os queremos, boca! y si la apetitosa pitanza se sirve en cráneos de víctimas de la tiranía y con cubiertos formados de costillas de ahorcados por el despotismo, tanto mejor. Todo esto es de rigor en los festines de nuestra *cofradía*; en la cual llevamos, como condición *sine qua non* "la ignominiosa marca del esclavo" y "la sangrienta librea del verdugo"... Y ¿no escribiremos

el anatema contra nuestro hermano, "mojando la sacrilega pluma en el caliz santo?"—Eso no! lo de manejar el cáliz santo, lo dejamos para el liberalismo, que lo puede destinar á matar Obispos. Nuestros anatemas con tinta, con pura tinta se escriben; y ni nos asalta la tentación de mezclarla con estricnina: eso se queda para los que "muy afuera están de la senda del calvario." Nosotros por ella nos vamos llevando á cuestas la cruz que los señores liberales nos echan sobre los hombros, y que... por lo basta y lo pesada, no debe de ser "símbolo de libertad, de paz, de amor."

Pero, ¿no habremos errado el camino? Puede ser; pues somos otra vez necios. La senda del calvario no puede ser ésta por donde van los Cardenales vestidos de púrpura, y los Obispos y Arzobispos y demás con mitras recamadas de seda y oro, y pectorales con brillantes que beben las luces al sol, sortijones que ostentan unas esmeraldas gordas como huevos de pato: la senda del calvario debe llevar derecho á las catacumbas, y por ella deben ir los Obispos con humilde sandalia y tosca y harapienta túnica de lana burda; y los clérigos con raído sayal, las cicatrices en el macilento rostro, en los trémulos labios gimiendo el hambre, y en los apagados ojos las lágrimas: la senda del calvario debe ser aquella por donde los liberales quisieran meternos para que fuésemos á caer como llovidos en las garras de los tigres, en los dientes de los leones, en los potros y las parrillas, y seguirnos á conveniente distancia para llegar á los ágapes de la *Iglesia primitiva*, sacando, por supuesto, el cuerpo á las penitencias públicas, al cilicio y á la ceniza. Los ágapes, ellos son lo bueno de la *Iglesia primitiva*; pero ágapes que, reformados por la civilización moderna, comienzan con aperitivo *cock-tail*, ahoguen en generoso *bourdeaux* el *beef-keak* humeante, y terminen con hurras á la libertad y al progreso entre sorbo y sorbo del espumoso *champagne*, servido por diaconizas de veinte abriles, que no por las quintañonas de marras: ágapes acomodados á las exigencias de la época y al espíritu de los tiempos, oh ágapes! oh *Iglesia primitiva!*

Vamos á ella, no nos obstinemos en nuestra necedad; y por la senda del calvario moderno caminemos haciendo actos de fe en la cristiana piedad del liberalismo.



CORRESPONDENCIA DE GUAYAQUIL.

Guayaquil, junio 15 de 1889.

Sres. RR. del "Semanario Popular"

Quito.

Allá va, muy señores míos, ésta mi primera correspondencia para que los lectores del importante *Semanario* que UU. tienen á su cargo, se informen de algo que ocurra por acá; pues, aunque hoy por hoy poco de notable hay, no faltará sin embargo qué comunicar á UU. y sobre qué llamar la atención de sus lectores.

Y sea lo primero y principal, la pública solemnidad con que se ha celebrado el aniversario del natalicio de S. E. el Jefe del Estado: salvas de artillería, empavesada de los buques de la flotilla, iluminación suntuosa de los edificios públicos, retretas solemnes de las bandas militares, dianas y la consabida é indefectible ornamentación de los cuarteles y del local de Policía con ramos de palmas; nada nada faltó en los días 12 y 13 del presente para dar realce á la fiesta. Pero quien sobresalió en demostraciones de patriótico entusiasmo, fué el Sr. Intendente de Policía, pues sobre dejar desnudas con el despojo á todas las palmas de ciudad vieja para demostrar su regocijo, convirtiéndolo en un bosque el ángulo que le pertenece en la casa de la Gobernación, se dice que pronunció al cuerpo de vigilantes un notable discurso probando que, aunque el Sr. Flores había nacido el 23 de octubre de 1833, cumplía ese día, (el 13 de junio de 89) cincuenta y seis años, y que la diferencia de los cuatro meses y diez días no hacía al caso, porque eso y otro tanto acontece en la vida de los grandes hombres; y mientras sus subordinados escuchaban absortos el discurso, la ciudad, corría entregada á su propia suerte.

Los trabajos del pedestal que debe sustentar la Estatua del Libertador están al terminar: los dos altos relieves que faltaban, llegaron en la semana anterior, y el Sr. Queirolo encargado de la construcción del pedestal, se ocupa actualmente en su colocación. Holgadamente estará terminado ese grandioso monumento en la fecha designada para su inauguración, 24 de julio próximo.

La Municipalidad ha acordado ya el Programa de esa gran fiesta, el cual es generalmente considerado deficiente y nada en armonía con la importancia patriótica de aquel solemne acto.

Comienza ya toda la América libertada por el valor y el genio del ilustre Libertador á pagar el tributo de gratitud que debe al

egregio Capitán, perpetuando en bronce su memoria esclarecida.

La ciudad de Mompox, capital del Departamento de Cartagena, en Colombia, va también á levantar muy pronto una Estatua al Héroe Americano; pues el 15 de abril último se instaló la junta provincial formada al efecto. Y á fe que ese Departamento está, antes que cualquier otro de Colombia, en el deber de tributar tal homenaje al Libertador, dado que ese Departamento fué la cuna de la gloria inmortal del Héroe, quien, á su vez, dió alto renombre á los mompoxinos, conduciéndolos, en los albores de la independencia, al heroísmo y á la gloria; pues nadie ignora que fué de Mompox de donde Bolívar sacó, en 1812, las célebres tropas que desde las márgenes de Río Grande lo llevaron, por un sendero de victorias, hasta el Táchira y después hasta Caracas, en donde Bolívar pronunció aquellas palabras que han dado á Mompox fama imperecedera: "Si á Caracas debo la vida, á Mompox debo la gloria de haber libertado la ciudad de mi nacimiento, colocando la bandera de la Unión en la cumbre del Avila, llena de triunfos y de gloria." Y así fué en verdad; en 1812, el prócer D. Vicente Caledonio Gutiérrez de Piñeres con 400 fieles mompoxinos que componían la división de Cartagena, le abrieron á Bolívar el camino á la libertad del nuevo mundo, cuando los desgraciados sucesos de Venezuela obligaron al Héroe á abandonar las playas nativas y venir á Nueva Granada. Después, cuando en 1814, otra vez desgraciado, volvió Bolívar proscrito á las playas granadinas, encontró siempre en Mompox corazones adictos y brazos cariñosos que lo recibieron, franca decisión para acompañarle con sumisión redentora y apoyo y protección en las autoridades y el pueblo.

Mompox, por tanto, se honra á sí misma perpetuando la memoria del Libertador.

Lástima grande es que algunas de las obras públicas iniciadas con entusiasmo al finalizar la administración anterior, estén paralizadas ha mucho tiempo. El Hospital militar, por ejemplo, obra de tanta importancia, está allí diciendo con su abandono que, mientras se discute si el actual Gobierno es liberal, ó conservador, ó liberal-conservador; es decir, uno y otro y ambas cosas á la vez, el país se resiente de que nada veamos en el terreno de lo práctico, cuando él quisiera más que se le dotara de obras públicas de utilidad positiva, que de teorías inaplicables.

La cuestión moneda colombiana preocupa seriamente al comercio local. El tráfico es escandaloso y amenaza conflictos al mercado. Cierta casa de comercio, bien conocida por sus especulaciones poco decorosas con el Fisco, introduce fuertes sumas en cada vapor

y los lanza al mercado. Esa moneda (peses fuertes colombianos) tiene una depreciación de 15 0/10 en Panamá, en pago de letras sobre Europa, y los verdugos de este mercado importan esa moneda con la cual compran letras al tipo de plaza, las que van á ser negociadas en Panamá; de manera que, sin gran trabajo, obtienen una utilidad de 15 0/10 sobre la moneda, anén del beneficio que sacan en la negociación de letras.

Como el hilo se arranca por lo más delgado, sólo el Sr. Rafael Antonio de Latorre, introductor de buena fe, puesto que introdujo legalmente por la aduana una cantidad en medios pesos, ha sido el residenciado, y los demás siguen usufructuando con ese mismo tráfico. De esperarse es que el Consejo de Estado, ante quien pende el juicio seguido á Latorre, ejerza un acto de justicia exonerando á este señor de toda responsabilidad.

El país espera con verdadera expectación ese fallo.

Ayer se publicó por bando el Decreto Ejecutivo que crea la Cámara de Comercio.

Aquí se cree que esto dará fiasco como la oficina de los *Warrants*.

Mucho se dice y se comenta en los círculos políticos y sociales, sobre lo cual nada se puede escribir mientras no se acentúe la verdad. Si de tanto como se habla en los Clubs y corrillos públicos, resultase algo verdadero, pronto me ocuparé de aquello sin reserva alguna. Hoy no lo hago, por no faltar á la circunspección y seriedad que deben ser cualidades de un corresponsal.

De UU. atento S. S.

OCEANOS.

ADVERTENCIA.

Hallándose completo este número del Semanario, hemos visto el 3º de "El Constitucional." En el próximo destinaremos algunas líneas al examen de su aparatoso artículo "La Iglesia y el Estado," con el cual han creído sus redactores echar por tierra la contestación que dimos al "Globo" de Guayaquil en nuestro núm. 33.

INSERCIÓN.

EL CLERO Y SU INTOLERANCIA.

Una de las acusaciones que más frecuentemente y con más apariencias de razón se hacen al Clero es la de intolerante. ¡Cuántas cosas no se han dicho y se dicen todos los días contra la intolerancia clerical! Ya se ve; en un siglo que cuenta entre una de sus conquistas más preciadas la tolerancia, que no es sino la universal indiferencia: en un siglo ante cuyo criterio soberano son iguales todos los cultos y reducidas á la categoría de meras opiniones todas las creencias, es lógico, es natural que se llame intolerante al que sostiene la bandera de la verdad única, de la moral única, llamando á cada cosa con su propio nombre: á la impiedad, impiedad; á la herejía, herejía; al error, error. Esto, en opinión del siglo, es feroz intolerancia. ¿Cómo ha de librarse el Clero de esta nota cruel?

No pretendo yo librarle de ella. Hace poco no rechacé la tacha de *ambicioso* que se le atribuye al Clero; contenteme con explicarla, demostrando que dicha ambición era un deber suyo, y que el Clero dejaría de ser lo que debe el día en que dejase de tener la gloriosa ambición de hacer reinar, en todas partes y entre todos los hombres, el nombre, la doctrina y la ley de Jesucristo, y la influencia en todo y por todo de su santa Iglesia católica, apostólica, romana. Ahora, pues, quiero probar de la misma manera que el Clero es intolerante, sí, señor, y que debe serlo, y que no puede dejar de serlo. El Clero debe ser por necesidad enemigo jurado de esa tolerancia que es dogma fundamental del siglo; el Clero no puede admitir ese respeto á todas las opiniones, esa condescendencia con todos los pareceres, esos derechos absolutamente iguales de la verdad y del error, que por desgracia nuestra están en nuestros días oficial y solemnemente reconocidos.

Nadie se asuste. Nada hay más tolerante que lo que se llama intolerancia clerical, así como nada hay más intolerante que lo que se llama tolerancia revolucionaria. En esto como en muchas otras cosas, los nombres andan trocados y las ideas se han disfrazado lastimosamente. A ver si podemos restablecerlas en su natural y genuina significación. Filosofemos.

La verdad es de suyo y por necesidad intolerante; es tan intolerante, que es de suyo exclusiva; y tan exclusiva, que lo primero que hace es proclamarse única. Efectivamente: la verdad es una sola, y esto en todos los ramos que abraza la inteligencia.

humana. Así que, cuando una ciencia posee más caracteres de certeza, ó lo que es lo mismo, cuando una ciencia posee más verdad, tanto es más única, tanto es más exclusiva, tanto es más intolerante. Tomad, por ejemplo, las matemáticas, que han merecido por excelencia el dictado de ciencias exactas; nada hay más intolerante que ellas. Sus afirmaciones son tan tiránicas y tan despóticas, que una vez reducidas á teorema demostrado, exigen absolutamente el asentimiento de la inteligencia, hácese incuestionables, y al que intenta ponerlas en duda contestan únicamente echándole en cara el calificativo de necio ó de insensato. Dos y dos son cuatro. Nada más intolerante que ese cuatro que sale necesariamente de la fórmula dos y dos. ¡Ciertamente es una intolerancia feroz de la verdad!

Ahora bien. La verdad religiosa enseñada por el Catolicismo es la verdad absoluta, porque es la verdad directamente revelada por Dios mediante su unigénito Hijo Jesucristo. Verdad de un orden superior á toda otra de orden puramente científico, por exacta que aparezca; verdad que llega á identificarse con su propio Autor, que ha dicho de sí mismo: *Yo soy la verdad*. Si algo tiene, pues, derecho á un dominio exclusivo y absoluto es el Catolicismo. Su naturaleza le obliga á llamar error á toda otra cosa que en el orden religioso no sea él, y á toda otra cosa que en el orden social, político ó científico le sea contraria. Y no sólo á esto debe llamar error, sino que como á error debe tratarlo, procurando vencerlo y extirparlo por cuantos medios estén dentro la esfera de su actividad. Entre intereses puede haber transacción ó acomodamiento. Entre doctrinas no cabe transacción. Si la verdad religiosa juzgase que su rival puede quizá tener razón, y que por lo mismo hay que tratarla con ciertas consideraciones, abdicaría con esto su carácter de verdad absoluta, bajaría de su pedestal divino para igualarse al vulgo de las humanas opiniones, dejaría de ser dogma para pasar á ser frágil teoría. La verdad religiosa lleva, pues, por propia y esencial condición suya, el ser intolerante ó intransigente. Todo lo que no sea ella en el orden religioso, es error. Todo lo que se oponga á ella en cualquier otro ramo, es maldad.

Vamos á ver ahora ¿qué es el Clero? ¿No es el ministro de esta verdad? No decimos más que el ministro, porque el maestro es Dios. ¿No es el ministro de esta doctrina? Ha de ser, pues, como ella exclusivo, intransigente, intolerante. Ha de llamar, por consiguiente, error á todo lo que en el orden religioso no sea su enseñanza, y maldad á todo lo que en el orden práctico se oponga á ella. Ha de condenar *á priori* como absurdo todo lo que en la vasta esfera

del pensamiento humano se manifieste contrario á este dogmatismo que se nos revela como el pensamiento divino. No puede hacerlo dependiente de las vicisitudes de los tiempos, ni de las veleidades de la moda, ni de los caprichos de lo que se llama espíritu del siglo, exigencias de la época, adelantos de la civilización. No. *Christus erit et hodie Ipse et in saecula*: "Cristo es el mismo ayer, hoy y por todos los siglos." No hay que pedirle, pues, que ponga sus fórmulas en armonía con ciertos adelantos, porque los adelantos todos son los que deben ponerse en armonía con él. Y si están conformes, son legítimos; si discordes, *á priori* deben juzgarse absurdos. A él deben amoldarse las humanas instituciones, no él á ellas. Pedirle concesiones á lo absoluto, modificaciones á lo invariable, es pedir su destrucción, su anulación, la abdicación de su propio sér, el suicidio.

Chocará sin duda la rigidez y severidad de estas ideas á muchos hijos de la generación actual, acostumbrada á mecerse en la fluctuación de todos los sistemas, generación mareada por la duda y el escepticismo, que no se siente con valor siquiera para afirmar rotundamente que lo blanco no sea negro, y que lo negro no sea blanco; generación que ha llegado á poner en tela de juicio el principio de contradicción, sosteniendo como posible la identidad de los contradictorios. Lo comprendemos. La idea que de la verdad les ofrecemos les parecerá delirio de intolerancia, y el Clero, ministro de tal idea, una monstruosidad. Para el Catolicismo y para nosotros, humildes discípulos de filosofía católica, es sencillamente la verdad. El código de la intolerancia es el Evangelio, que dice con una llaneza que aterra: *Qui non est mecum contra me est*: "El que no está conmigo está contra Mí."

(De la *Propaganda Católica*, de Sardá y Salvany.)

"EL DARDO."

Con este título ha empezado á publicarse en la Capital un nuevo periódico consagrado á la defensa de los principios católicos. Deseámosle larga vida y feliz éxito.

AVISO.

Se van á inscribir las escrituras siguientes: la de venta de un terreno situado en Lloa, de propiedad de Manuel Olalla y su esposa; y la de venta de otro terreno situado en Cotocollao, de Antonio y Lizardo Bocerra.